

Petra Durst-Benning

La  
ARTESANA  
del VIDRIO

Tres hermanas desafían las reglas sociales en un  
pequeño pueblo a finales del siglo XIX

*Traducción:*

ROSA PILAR BLANCO



MAEVA

# LIBRO PRIMERO

OTOÑO DE 1890

## PUNTO DE PARTIDA

«Contemplando un vidrio coloreado... se regocija el ojo,  
se anima el corazón, se serena el ánimo y una calidez  
inmediata parece inundarnos.»

(Johann Wolfgang von Goethe)

# 1

**E**sa mañana, Ruth ya había subido dos veces a despertar a Johanna, y en las dos ocasiones le había respondido con un gruñido, lo que la indujo a suponer que su hermana se iba a levantar. ¿Por qué picaré el anzuelo día tras día?, se preguntó Ruth, irritada, al subir por tercera vez los estrechos escalones que unían la cocina y el taller con la planta superior de la casa. La acompañaba el olor a tocino fundido. Se puso de puntillas junto al tragaluz y echó una ojeada hacia abajo, a la parte trasera de la casa, donde oía cantar a Marie. Una araña había tejido una red oblicua por encima del tragaluz. Sin dignarse dedicar una sola mirada a la repujada obra de artesanía, la barrió con la mano. A Marie no se la veía por ninguna parte, tampoco a padre. Torció el gesto. Cuando uno de los dos se diera cuenta de que en la cocina olía a quemado, las rodajas de patata y las tiras de tocino se habrían convertido en carbón.

En el último intento de despertar a Johanna, había dejado abierta la puerta de la habitación en la que dormían ella y sus dos hermanas. Por eso pudo confirmar desde el descansillo de la escalera que aún no se había levantado. Se acercó a la cama sin decir palabra, agarró un pico de la sábana y de un tirón la sacó de debajo de los brazos de Johanna.

—¡Cómo puedes taparte así con este calor! —Meneó la cabeza, mirando a su hermana, que por fin parecía despertar.

Ruth se dirigió a la ventana y abrió los postigos de un empujón. El deslumbrante sol de septiembre irrumpió en la habitación sumergiendo todo en una luz polvorienta.

Como una mujer aquejada de reuma, Johanna deslizó sus piernas fuera de la cama sin proferir más que un atormentado gemido.

Tras otra mirada severa, Ruth volvió a bajar deprisa las escaleras para salvar el desayuno. Mientras desprendía de la sartén las rodajas de patata y el tocino y añadía un poco más de aceite, dio gracias a Dios por ser madrugadora.

Johanna se había negado a madrugar desde su infancia. ¡Cuántas veces las hermanas habían llegado tarde a la escuela del pueblo por su culpa! Pero no se reducía todo a que Johanna se levantase a disgusto, sino que sufría todas las mañanas y rara vez era persona antes de las diez.

—Es como si la noche antes me hubiera bebido media botella de aguardiente. —Con estas palabras intentó explicar en cierta ocasión el abotargamiento que sentía dentro de su cabeza.

Pero como ni ella ni Ruth se habían bebido nunca media botella de aguardiente, tampoco sabían con exactitud cómo se sentía uno después. Todo el mundo respetaba la somnolencia matinal de Johanna y las tareas domésticas se habían repartido entre las tres hermanas de forma que a esta no le tocara ninguno de los quehaceres mañaneros. A veces, sin embargo, Ruth se preguntaba si de ese modo le hacían un favor. Suspiró. Si viviera madre... Ella seguramente no se andaría con tantos miramientos. Anna Steinmann había sido en numerosas cuestiones mucho más inflexible que su marido. Ruth se asustó al comprobar que le costaba esfuerzo evocar el rostro de su madre. Diez años era mucho tiempo.

El agua que había puesto a hervir para el café comenzó a borbotear, arrancando a la joven de sus recuerdos. Apartó presurosa el hervidor. No le gustaba que las raíces de achicoria, echadas en frío, comenzasen a hervir: la bebida se tornaba amarga con rapidez. En eso Ruth era muy suya: le resultaba indiferente el café de remolacha seca y molida que se preparaban la mayoría de los del pueblo. ¡Preferiría beber agua a ese brebaje! Como es natural, lo que más le gustaba era el auténtico café en grano, aunque, en su opinión, era demasiado escaso. Todos los viernes, cuando Johanna iba a Sonneberg a vender los artículos de cristal que habían producido durante la semana, regresaba con una bolsita de

genuino café. Aunque a Joost Steinmann le traía sin cuidado el tipo de café que se sirviera en la mesa mientras fuera oscuro y estuviera caliente, permitía a sus hijas ese pequeño lujo. Y así, hacía ya mucho tiempo que para ellos se había convertido en un ritual celebrar el regreso de Johanna con café, panecillos y arenque en conserva, que también traía de la ciudad.

Esas pequeñas costumbres se difundieron por el pueblo y dieron a Joost Steinmann fama de vivir bajo la influencia de las mujeres. Sin embargo, las hijas de Joost en modo alguno gozaban de la libertad de hacer lo que les viniera en gana, aunque entre las cuatro paredes del hogar disfrutaban de mayor libertad que otras jóvenes de su edad. Pero cuando se trataba de preservar a sus tres hijas de un supuesto mal, Joost podía ser peor que una clueca. ¿Ir a cantar al orfeón? Imposible... En el camino a casa podían acechar chicos con malas intenciones. ¿Acudir solas a una celebración del solsticio? Podían ahorrarse la pregunta. Cuando unas muchachas del pueblo fundaron unos años antes un grupo de hileras, ni siquiera permitió a sus hijas participar en sus inocentes encuentros. «Al final, acabaréis partiéndoos una pierna al volver a casa», razonó su negativa, y concluyó: «Lo mejor es que os quedéis en casa y practiquéis la lectura y la escritura». ¡Como si los libros fueran el sustituto de una alegre charla! Ruth tragó saliva. A partir de noviembre llegaría de nuevo el momento: mientras que las demás chicas se reunirían dos tardes para hilar ella y sus hermanas se quedarían en casa. Cuando finalizase la reunión del grupo y volasen por el aire las bolas de nieve y las chicas fuesen perseguidas por los chicos entre risas y grititos a través de las calles, Johanna, Marie y ella llevarían un buen rato en la cama.

No era de extrañar que entre los jóvenes del pueblo se hubiera corrido la voz de que a Joost no le gustaba que hicieran la corte a sus hijas. La mayoría de ellos se sentía tan mal bajo su mirada de desaprobación que nunca volvían a buscar a ninguna de las tres para dar un paseo.

Ruth fue hacia la mesa y hurgó en el cajón en busca del pequeño espejo que había guardado allí. Si lo mantenía lo bastante

alejado de ella, podía contemplar en él –muy pequeña– toda su cara. Era una mujer bella, y lo sabía. Sus hermanas y ella habían heredado los rasgos regulares y bien formados de su madre, que había sido extraordinariamente hermosa.

Apartó el espejo, desanimada. Por muy satisfecha que estuviera de lo que veía, ¿de qué le servía? ¿Besaría algún día un hombre sus labios? ¿Le diría alguna vez que sus ojos tenían el brillo oscurísimo del ámbar? ¿O que tenía la piel más bonita que había visto nunca? Si por Joost fuera, acabaría siendo una solterona avinagrada.

El único hombre que frecuentaba su casa con regularidad era su vecino Peter Maienbaum. Desde que unos años antes sus padres murieran uno poco después del otro, Joost lo consideraba una especie de hijo, pero en modo alguno un posible pretendiente. ¡Eso de ninguna manera! Ruth creía estar segura de que Peter le había echado el ojo a Johanna desde hacía bastante tiempo. Bastaba con ver cómo la miraba. Pero nadie parecía darse cuenta salvo ella, y Johanna menos aún. Respiró hondo. Si un hombre la mirase a ella así, sin duda se daría cuenta.

–Ya está Johanna correteando por ahí como un perro sin rabo. En cuanto se despierta se pasa el resto del día mangoneándonos. Siempre igual.

Marie se deslizó con gracia por el banco rinconero. Era tan esbelta que no tuvo que correr la mesa hacia delante ni un centímetro, observó Ruth con envidia. Las tres hermanas eran delgadas, ninguna de ellas tan informe como algunas mujeres del pueblo, que tenían los pechos caídos y redondeces fofas por todas partes. Todas ellas podían dar gracias a Dios por sus proporciones equilibradas, su piel sana y suave y unos cabellos castaños que brillaban sedosos sin necesidad de hacer nada, salvo cepillarlos cien veces al día. Pero en Marie todo era más menudo, delicado, frágil como una valiosa miniatura.

–Por lo menos ya está abajo. Porque temía tener que subir de nuevo la escalera –fue la seca contestación de Ruth.

Tras la muerte de su madre se habían acostumbrado a lavarse en el cobertizo contigo, donde también hacían la colada. El mismo Joost salía para efectuar su aseo matinal en lugar de lavarse en la cocina. Así todos podían preservar su espacio personal, lo que era tan importante para las jóvenes como para el propio Joost.

—Por cierto, ¿dónde anda padre?

—No lo sé. Ayer por la noche se le hizo más tarde de lo habitual. Subió la escalera armando tanto ruido que me desperté. Y después me costó una eternidad volver a conciliar el sueño. —Marie hizo una mueca—. ¿No estará durmiendo la mona?

Ruth se encogió de hombros.

—Tampoco bebe tanto, diantre —dijo con un leve matiz de disculpa en la voz.

Pero no tenía ningún motivo para defender las visitas de Joost a la taberna. Aunque el padre acudía un par de horas todas las noches, rara vez bebía más de la cuenta, al contrario que otros hombres del pueblo.

Entretanto, las rodajas de patata habían adquirido una excelente costra dorada. Ruth picó una con los dedos y se la introdujo deprisa en la boca. ¡Qué caliente! Luego sirvió una taza de café para Marie y para ella. El intenso aroma armonizaba con la mañana soleada. Días de pastel de ciruelas, llamaba ella a esos días bañados por un sol que ya no pertenecía al verano pero tampoco al otoño. En esa época del año faltaba el concierto de pájaros que en el estío se instalaban a sus anchas en el gran peral que crecía delante de la ventana de la cocina. Solo se escuchaba de vez en cuando el canto de un mirlo o el silbido estridente de la alondra. Muy pronto las nieblas otoñales sofocarían incluso este último. Ruth inhaló deprisa el aroma del café. Odiaba la estación fría.

—Dentro de poco tendremos que volver a encender la luz por la mañana —dijo Marie, como si estuviera pensando lo mismo.

A las hermanas les sucedía con frecuencia que una expresaba lo que le pasaba por la cabeza a otra.

Sí, tras la muerte de Anna Steinmann se habían organizado en lo concerniente a la convivencia y también al trabajo. Como es

natural, siempre faltaba en alguna parte un par de manos que ayudaran. Por mucho que los demás sopladores de vidrio del pueblo murmurasen o se burlasen sin mala intención, la gestión de las mujeres no había dado como resultado uno de los peores talleres. Realizaban frascos de farmacia y tubos de ensayo de primera calidad. Que los Steinmann consiguieran elaborar los productos de principio a fin sin tener que encargar fuera de la casa ni el pulido de los tapones ni el rotulado o embalaje de los frascos, suponía una gran ventaja. Al igual que los demás sopladores de vidrio, ellos también vendían la totalidad de su mercancía a un intermediario del cercano Sonneberg. Friedhelm Strobel, un intermediario cuya empresa mantenía excelentes contactos en todo el mundo, insistía una y otra vez en que estaba dispuesto a comprar grandes cantidades de cristal Steinmann. Pero con un solo soplador de vidrio en el hogar les resultaba imposible producir un mayor número de piezas. Para eso sería de gran ayuda un excelente yerno, le decían continuamente a Joost sus compañeros de taberna. Pero él hacía un gesto de desdén.

—Mis hijas no están obligadas a casarse, ¡y mucho menos por dinero! —Era una de sus frases favoritas, que proclamaba con un timbre de orgullo en la voz.

Con un suspiro, Ruth dejó su taza y se aproximó al fogón. Levantó sin esfuerzo la pesada sartén de hierro fundido y colocó el desayuno encima de la mesa.

—¡Se me acabó la paciencia! Voy a ver dónde... —se interrumpió.

Johanna había aparecido en el marco de la puerta. Más pálida que de costumbre, los ojos desencajados como si acabara de toparse con el demonio en el pasillo, tapándose la boca con una mano, parecía reprimir un grito interminable.

—¡Por Dios, Johanna! ¿Qué sucede? —gritó Marie.

A Ruth se le hizo un nudo en la garganta. Dos manos gélidas estrujaron su corazón, y en ese momento supo que había ocurrido algo espantoso. No dijo ni una palabra.

—Padre... —En la frente de Johanna había aparecido una arruga que iba desde el inicio del pelo hasta la nariz—. Está arriba, en la cama. No se mueve.

## 2

Más adelante, siempre que Johanna recordaba esa mañana, le venía a la mente el cuento de la Bella Durmiente, la princesa encantada. Marie, sentada inmóvil, con la boca entreabierta. Y Ruth, encajada entre la mesa y el banco rinconero, medio sentada, medio de pie. También ella fue incapaz de alejarse un paso del marco de la puerta. Se quedaron como petrificadas, como si la inmovilidad las preservase de enfrentarse a un momento tan atroz.

Marie fue la primera en moverse. Corrió escaleras arriba, hacia el cuarto de sus padres, hacia la cama de Joost. Su grito rompió el silencio de la casa e hizo enmudecer a los pocos pájaros que había fuera.

Las miradas de Johanna y Ruth se encontraron por encima de la sartén. Después se apresuraron a subir.

Los peldaños de madera, más claros en el centro debido al desgaste causado por el uso, se difuminaron ante los ojos de Johanna convirtiéndose en estrechas franjas amarillentas. Notó que algo salado se acumulaba en las comisuras de su boca y entonces reparó en que las lágrimas corrían por sus mejillas. No pudo controlarlas, tampoco los pensamientos que aletearon hasta ella sin que los hubiera llamado.

Su padre había muerto.

¿Había que llamar al médico de Sonneberg? No, ya no hacía falta ningún médico.

Un cura. Sí. Tenía que ir a buscar al cura.

Había que limpiar el taller.

Lavar. A los muertos se los lavaba. Y se los amortajaba.

Un sollozo brotó de su garganta, tan cálido y ardiente que le hizo daño. Deseaba reprimir los pensamientos que lo hacían todo tan real.

Marie había cruzado las manos de Joost sobre su pecho. A Dios gracias, Johanna ya lo encontró con los ojos cerrados. Si alguna de ellas hubiera tenido que cerrárselos... No quería pensar en ello.

Joost aún no había cumplido los cincuenta. Y estaba sano. Nunca le había dolido nada salvo los riñones.

—Tiene un aspecto tan apacible —susurró Marie, alisando la colcha de la cama de su padre.

Debajo, su cuerpo pareció de pronto mucho más pequeño que cuando estaba vivo.

De puntillas, como si no quisiera molestar, Ruth se deslizó hasta un lado de la cama. Se inclinó sobre su padre y escudriñó su rostro. No había ni rastro de la agonía.

—¿No será que duerme más profundamente de lo habitual? —Vagilante, le rozó la frente.

Ninguna de ellas acostumbraba a tocar a su padre. Su piel no estaba tan fría como solían decir, constató sorprendida. Tampoco húmeda, ni apergaminada. Pero los huesos de debajo se notaban rígidos y frenaron los dedos acariciadores de Ruth. Ya había comenzado el rigor mortis. Ruth empezó a llorar. Marie también lloraba y Johanna sollozaba con fuerza:

—Pero ¿por qué? Es que no lo entiendo. —El nudo en su garganta presionaba las paredes demasiado estrechas—. ¿Cómo puede morirse padre en pleno sueño, así sin más? No puede ser verdad. —exclamaba obstinada.

**P**ero la muerte de Joost era indiscutible. Su corazón había dejado de latir en mitad del sueño. No había una explicación para ello. Peter Maienbaum, al que Johanna fue a buscar a la casa vecina, se quedó tan impresionado como las jóvenes. No, la víspera Joost había sido el de siempre. No había revelado el menor síntoma de enfermedad, se había mostrado alegre. Como todos los demás, se había reído de los chistes de Stinnes el Parlanchín.

—El apodo no es gratuito. Con sus dichos es capaz de entretener a una taberna entera —comentó Peter con aire ausente.

Johanna denegó con un gesto. ¿Qué le importaba a ella Stinnes el Parlanchín?

—Tenemos que amortajar a padre. —Su voz, de acentuado pragmatismo, habría sido más adecuada para una tarea cotidiana.

Ruth y Marie la miraron, asustadas.

—Lo mejor será que bajemos al taller y apartemos nuestras mesas de trabajo, y después traslademos a padre y su cama.

—Pero ¿por qué quieres hacer eso? Aquí también podemos amortajar a padre —dijo Ruth, a la que esa simple palabra la espantaba.

Marie miraba alternativamente a una y a otra.

Johanna meneó la cabeza.

—No, hay que hacerlo como es debido. Padre lo habría querido así. Cuando venga la gente... —El resto desapareció en un sollozo. Se dio la vuelta.

Ruth y Marie miraron desvalidas los hombros trémulos de su hermana. A ninguna le sobraba el consuelo, su propia carga las agobiaba demasiado. Que Johanna, que tan gustosamente llevaba siempre la voz cantante, se sintiera tan desvalida como ellas, hacía más amenazadora la situación, si eso era posible.

Peter carraspeó.

—Voy a buscar a algunos hombres. Entonces empezaremos a...

Por qué de pronto nadie encuentra las palabras adecuadas, se preguntó Johanna mientras se secaba los ojos con las manos. Su llanto se aplacó muy despacio.

Peter la sacudió suavemente por el brazo.

—No estaría nada mal que alguna bajara a preparar café. Para la gente, ya sabes.

**A**l poco rato regresó en compañía de tres hombres. Los vecinos, estrujando los sombreros en sus manos, les dieron el pésame y se alegraron de tener algo que hacer que les permitiera huir de aquella compañía opresiva. Dirigidos por Peter, se dispusieron a

trasladar la cama, para lo cual comenzaron por depositar al muerto en el suelo, después la desmontaron, y entre sollozos contenidos cargaron con ella por la estrecha escalera. Su montaje en el centro del taller concluyó adecuadamente y luego bajaron el cadáver sin problemas. Los cuatro hombres respiraron aliviados.

Las mujeres de los vecinos, en cuanto conocieron la noticia de la muerte de Joost, cumplieron también su cometido, y poco después se presentaron en la casa del difunto. Una trajo una fuente con puré de patatas, otra, una cazuela de sopa de verdura, la siguiente, pan untado con manteca y espolvoreado con sal. Las tablas de madera del suelo ya no descansaban y crujían sin cesar: las mujeres buscaban cerillas para encender velas, los hombres traían tazas de café y lanzaban una tímida ojeada al difunto.

La viuda Grün, que vivía dos casas más allá, lavó al difunto en compañía de Ruth y lo vistió, mientras Johanna y Marie mudaban la cama con sábanas limpias.

Alguien avisó al cura. Acababan de preparar al muerto cuando el clérigo entró por la puerta llevando a remolque a dos monaguillos que esparcían incienso.

Johanna, como atontada, se situó con los demás, que formaban un amplio círculo alrededor de la cama de Joost. El cura pronunciaba sus oraciones. Esto no puede ser real, pensó.

**D**urante todo el día acudió gente a darles el pésame o a compartir con las jóvenes el velatorio durante un rato. Nadie se quedó mucho tiempo, todos tenían trabajo en casa. Llevaban escrito en la cara el alivio de no verse afectados ellos mismos por una desgracia familiar tan repentina. Alguno lo manifestaba con toda franqueza, otros intentaban ocultarlo. Johanna no podía reprocharles esos sentimientos. Cuando el último invierno afectó a Lauscha una grave gripe que causó la muerte de Hannes, el Sable y otras dos personas de más edad de la parte de abajo del pueblo, ella también pensó: ¡No ha sido ninguno de nosotros, gracias a Dios! Siempre que volvía de sus visitas a Sonneberg y pasaba ante la casa sobre cuya puerta de entrada abandonada relucía el

sable de color latón, no podía evitar pensar en Hannes. Ni siquiera llegó a casarse, tan joven murió.

A pesar de todo, las palmadas en los hombros, los murmullos de consuelo, el fuerte apretón de manos... En el transcurso de la tarde los pésames comenzaron a escocer a Johanna como un manojo de ortigas. Creía leer en las miradas llenas de recogimiento más que mera compasión. Una suerte de expectación. De excitación.

Tres mujeres jóvenes sin protección masculina.

¿Esperaba la gente que alguna de ellas se viniese abajo? ¿O que una desgracia más se abatiera sobre su hogar? Johanna se reprochó esos pensamientos desfavorables. La gente lo hacía de buena fe.

### 3

**E**ran más de las siete cuando por fin se marchó el último asistente. Peter Maienbaum fue el único que se ofreció a compartir con ellas el velatorio durante la noche. Johanna vaciló un momento, pero luego rechazó el ofrecimiento. Era algo que tenían que hacer ellas solas.

Ninguna de las tres mujeres tenía ganas de comer, así que Ruth tapó con paños los alimentos que habían traído los vecinos y los retiró. Se sentaron a la mesa de la cocina, mortalmente cansadas en el sentido más literal del término.

Johanna volvió a levantarse y abrió la puerta.

–El aire está tan cargado que podría cortarse con un cuchillo.

–Es por el incienso. –Marie tenía los ojos enrojecidos.

–No solo por eso. Mucha gente... –Johanna estaba demasiado cansada para explicar que tenía la sensación de que su hogar había sido en cierto modo manchado por los numerosos visitantes. Los olores extraños no eran propios de su casa. Las huellas invisibles que habían dejado en el suelo de madera los pies de los visitantes, tampoco.

–¿No se deberá a... padre? –Ruth miró hacia el taller.

–¡Ruth! –Marie se sobresaltó y miró a Johanna, asustada.

–Todo el mundo sabe que los muertos empiezan a oler cuando...

–¡Basta! –la interrumpió Johanna con rudeza.

Tenían por delante una noche entera velando al difunto. Solo les faltaba escuchar las tonterías de Ruth. Se acercó al armario y sacó las velas que quedaban. La luz era buena. La luz no podía hacer daño.

–Ahí al lado no hay un muerto, sino padre.

Ruth abrió la boca, pero después se tragó su comentario. No se discutía en presencia de un difunto.

Lentamente la presión de los labios de Johanna cedió. Sus ojos dejaron de mirar fijamente hacia delante como los de una muñeca y volvieron a moverse. También se fueron relajando sus brazos, que había contraído involuntariamente durante toda la jornada. Se reclinó en su silla y por primera vez en ese día no la asaltó la sensación de que tenía que hacer o decir algo.

Uno de ellos ya no estaba allí.

Cuanto más tiempo callaban, más lo echaban de menos. Su ruidoso alboroto cuando la cena no estaba lista o cuando Ruth había cortado pocos trozos de salchicha para añadir a la sopa de patata. Sus movimientos ampulosos cuando cortaba pan o un trozo de jamón ahumado.

Johanna fue la primera en romper el silencio.

–Padre siempre se mostraba tan rebosante de energía... –Apretó los labios.

–No era un alfeñique como Hans, el Bávaro o Friedmar Grau. Pero tampoco un barrigudo como Wilhelm Heimer.

–Padre entraba en la habitación y no hacía falta mirar. En cierto modo lo notabas. –Marie dijo lo que había querido expresar Johanna–. Todo el mundo lo respetaba. –Sonrió–. ¿Os acordáis del asunto de los dos gallos?

Johanna esbozó una sonrisa triste.

–Padre se los compró a Paul Marzen para mí. Confiaba en que yo me despertaría antes si cantaban dos gallos en vez de uno. Pero luego Paul Marzen llamó a la puerta borracho como una cuba y dijo que le había dado a padre los animales equivocados, concretamente sus premiados gallos sementales, y que deseaba recuperarlos.

–Padre se limitó a plantarse ante él, y Paul se empequeñeció al momento.

–Y al final los gallos tampoco sirvieron para nada.

Soltaron una breve carcajada y después enmudecieron de nuevo.

—¿Quién cuidará ahora de nosotras? —preguntó Marie.

Johanna le lanzó una mirada. Esa pregunta no. Al menos esa noche. Y al día siguiente, tampoco.

—Cuando eras pequeña te llamaba princesa, ¿lo recuerdas?

—Marie nunca había dejado de ser su pequeña.

—La princesa y su castillo en el aire en la pompa de jabón. Algún día inventaría un cuento para mí, decía. Pero no llegó a hacerlo. —Los ojos de Marie volvieron a humedecerse.

—A cambio te preparaba agua jabonosa para tus pompas —puntualizó Ruth—. Esas horribles pompas. —Formó con las manos una bola en el aire—. ¡Puf! Explotaban dejando una mancha húmeda. De pequeña no me cabía en la cabeza que pudieran gustarte tanto.

—Pero padre sí lo entendía. A él le gustaba tanto como a mí contemplar los colores del arcoíris. —Marie alzó la vista—. Seguro que en el cielo verá muchos arcoíris multicolor. Eso le gustará —sollozó—, y además estará con madre.

Su llanto se contagió a las demás, que dieron rienda suelta a su tristeza.

Pasado un buen rato, Ruth se apartó de la frente un mechón de cabellos sudorosos y torció el gesto sorbiéndose los mocos.

—Me acabo de acordar del encargo para Francia que nos hizo Friedhelm Strobel, para el que disponíamos de dos semanas justas. Fue hace cinco años, en 1885.

—¡Madre mía! —Johanna dio una palmada. El soplo de aire hizo titilar la luz de las velas—. El encargo para esa fábrica de perfumes francesa. —Al ver la expresión insegura de Marie, prosiguió—: ¿Es que ya no te acuerdas? Pidieron cinco mil pomos, y en cada uno de ellos tenía que poner: *Eau de Paris*. —Sonrió.

Marie chasqueó los dedos.

—¡Es verdad! Y padre nos lo escribió, pero no desciframos bien su mala letra, y antes de que él se diera cuenta había mil pomos con la inscripción *Roi de Paris*.

—El rey de París. —Ruth meneó la cabeza—. Cualquiera otro habría propinado una buena paliza a sus chicas trabajadoras, ¿y qué hizo nuestro padre? Reírse a mandíbula batiente. —Dirigió una

mirada desconsolada hacia el taller. Sí, ahí al lado no yacía un muerto cualquiera, sino su bondadoso y querido padre.

–Pero yo no me reí cuando tuve que explicárselo a Strobel –recalcó Johanna con retintín–. Por entonces solo había ido tres veces sola a vender a Sonneberg y no tenía ninguna seguridad en mí misma. A mis dieciséis años, empecé a tartamudear de lo lindo, y jamás se me habría ocurrido pensar que aceptaría nuestros pomos.

–Pues de algún modo lo conseguiste. –La voz de Marie aún sonaba elogiosa–. Unas semanas después Strobel te dio un segundo encargo con la leyenda *Roi de Paris*.

–¡Ja! Seguramente les vendió los pomos a los franceses al doble de su precio e hizo como si el nombre hubiera sido invención suya. –Ruth se sorbió de nuevo la nariz–. Cuánto ansiaba yo uno de esos perfumes franceses. Hasta soñé con ello: una vez me desperté por la mañana y creí estar oliendo de verdad un aroma a muguete y lilas –suspiró.

–Si hubiera sido por padre, habrías recibido un frasquito –repuso Johanna–. Tuve que preguntar a Strobel, en su nombre, si sería posible encontrar un perfume así. Y no es que yo estuviera de acuerdo. Para qué necesita perfume una cría de catorce años, me preguntaba. Pero cuando podía, padre siempre satisfacía tus deseos.

Pareció que Ruth iba a contestar, pero se tragó la respuesta.

Durante un rato se quedaron a solas con sus recuerdos. Había tantas historias...

Después de que Ruth diera dos cabezadas sobre su pecho, Johanna sugirió turnarse para velar al difunto y que así las otras pudieran irse a dormir. Ambas se negaron. Pero al rato la cabeza de Ruth primero y la de Marie después se apoyaron sobre el tablero de la mesa. Johanna suspiró. En la cama habrían estado más cómodas.

Se levantó en silencio, sin empujar su silla. También ella estaba cansada. Tomó una de las velas y pasó al taller. Su mirada se detuvo en el fuelle de su padre, en su banco de trabajo. La nueva conducción de gas, que desde hacía poco tiempo unía su

casa con la fábrica de gas fundada unos años antes, desprendía un brillo plateado y destacaba entre las demás herramientas gastadas por el uso como un cuerpo extraño. Johanna luchaba contra el dolor que sentía dentro de su pecho. ¡Cuánta capacidad de convicción había necesitado para persuadir a Joost de que permitiera que instalasen la acometida! A su padre no le gustaban los cambios. Si por él hubiera sido, habría seguido trabajando con la lámpara de aceite hasta el fin de sus días.

¿Por qué tan pronto?, quiso gritar a la noche, al cielo. Le ardían los párpados. Respiró hondo.

Después se las arregló tan bien con el «cachivache moderno» y se sentía muy orgulloso por haber conseguido acostumbrarse a él tan deprisa. La llama más caliente le permitió soplar pomos de perfume y otros recipientes de cristal de paredes incluso más finas. A partir de entonces no transcurrió una sola noche en la que no intentase convencer de sus ventajas, en la tertulia de la taberna, a los pocos sopladores de vidrio que aún no se habían conectado a la fábrica de gas.

Su padre... Cuánto lo echaría de menos. Ahora su corazón era una enorme herida abierta.

Cuando murió su madre, ella tenía once años, Ruth nueve y Marie siete. Durante un año entero solo podían dormir si Joost dejaba una lámpara encendida en su habitación. Todas las noches –por así decirlo, a modo de plegaria– les contaba lo bien que se encontraba su madre arriba, en el cielo. A pesar de ello, las niñas se levantaban por turno noche tras noche para ver cómo estaba su padre. Su mayor temor era que también él pudiera abandonarlas. Gracias a la sensibilidad y a la paciencia paternas, ese temor cedió poco a poco. Ahora el miedo de entonces quería volver a devorarla por entero, pero Johanna le hizo frente. Contempló, llena de amor, el rostro de su padre, iluminado únicamente por la luz de su vela. Los años en los que Joost la había hecho fuerte no habrían transcurrido en vano.

Joost Steinmann, el «fabricante de cajas». En cierta ocasión, uno de sus compañeros de tertulia se atrevió a llamarlo así, porque solamente había engendrado hijas y ningún hijo. Ese hombre

se fue a su casa con un ojo morado e imposibilitado para ver durante una semana.

«¿Para qué necesito hijos? –decía siempre Joost–. ¡Si ya tengo a mis tres hombres de piedra.» Así llamaba él a Ruth, a Marie y a ella. Johanna sollozó.

Lo miró y le acarició la mejilla.

–Todavía no sé qué pasará –susurró en voz baja–, pero te prometo una cosa. –Le ardía la mano sobre la piel fría y no le resultó fácil dejarla allí posada–. Nunca te avergonzaremos. Cada vez que nos mires desde el cielo, te sentirás orgulloso de nosotras.

Cuando llegó el nuevo día, Johanna había derramado todas sus lágrimas. Mientras Ruth y Marie se sentaban junto al lecho del difunto, ella se acostó para dormir unas horas. Volvió a despertarse a última hora de la mañana. Quedaba mucho que hacer antes del entierro de Joost.

## 4

—¡Se acabó! —Ruth arrojó el trapo con el que había fregado la entrada mojada al montón de cacharos que se apilaban en el fregadero. Se dejó caer de golpe junto a sus hermanas en el banco de la cocina.

Caía la tarde. A esa hora normalmente se sentaban inclinadas sobre sus mesas, pero ese día se había celebrado el entierro a las dos. A pesar de la lluvia torrencial, habían acudido al cementerio tantos asistentes que Johanna temió que no le alcanzasen ni de lejos los panes y los bollos preparados para el convite del funeral. Sin embargo, la mayoría se despidieron junto a la tumba después de la ceremonia: el trabajo no podía esperar. Solo los vecinos de las casas cercanas las acompañaron para honrar la memoria de Joost con un par de tazas de café. Los ganchos de la entrada a punto estuvieron de ceder bajo el peso de los abrigos, mojados por la lluvia. Pronto todo olió a fieltro mojado, y sobre el suelo se formaron amplios charcos de agua. En la cocina, Ruth y la viuda Grün casi no daban abasto para poner agua para el café. Los entierros dan sed, todo el mundo lo sabe. Cuando las fuentes con los pasteles y los bocadillos de jamón quedaron vacías y el aire se notaba cargado y rancio, se despidieron uno detrás de otro. Peter Maienbaum fue el último en marcharse. Con el picaporte en la mano echó una postrera ojeada al taller desierto: a él también le costaba aceptar la inesperada muerte de Joost.

—Qué repentino silencio reina aquí. —Marie miró a su alrededor como si no acertara a creer que todo había pasado.

Johanna asintió. Ya no quedaba nadie que pidiera otro café, o que las mirase lleno de compasión.

–Lo de la rosa de vidrio del Suizo ha sido un detalle muy bonito –dijo Marie de pronto.

Sus hermanas asintieron.

El soplador de vidrio Karl Flein, llamado «el Suizo» por su estancia de años en las montañas suizas, había depositado en la tumba una flor de vidrio soplado en lugar de una natural. Pero al igual que las flores genuinas, a Johanna le había parecido que esa preciosidad vítrea no encajaba.

–Las palabras de Wilhelm Heimer también han sido conmovedoras –comentó Johanna.

–Cierto –admitió Ruth–. Cuando ha dicho que siempre estuvo especialmente unido a padre porque los dos enviudaron muy jóvenes, he sentido un auténtico nudo en la garganta.

–A mí me ha asombrado que Heimer haya venido. Con lo que le disgusta dejar la llama. –Johanna frunció los labios.

Cuando por la noche se apagaron las luces a su alrededor, más arriba, en la montaña, las lámparas de gas siguieron centelleando durante largo rato en casa de Heimer. En el pueblo muchos consideraban exagerada la laboriosidad de Wilhelm Heimer; otros simplemente envidiaban sus numerosos encargos, que realizaba gracias a que sus tres hijos eran unos sopladores de vidrio expertos y trabajadores.

–Que haya tenido que llover precisamente hoy... –se lamentó Ruth.

–A mí me habría parecido peor que hubiera brillado el sol –contestó Marie–. Que te entierren con un cielo azul límpido y un sol radiante... No, para eso es mejor que también lllore el cielo.

A continuación ninguna supo que decir. La muerte de su padre, el entierro, el tiempo, que había cambiado tras muchas semanas de sol, el discurso del cura que no había parado de equivocarse al hablar hasta el punto de que algunos supusieron que había bebido demasiado vino de consagrar. Durante el convite fúnebre todas las trivialidades se habían repetido hasta la saciedad. Ya era suficiente.

Johanna clavó la mirada en la vajilla sucia. Aún seguía encendido el fuego en la estufa. Podía calentar agua y fregar los platos.

Antes de que se le ocurriera la idea a otra de sus hermanas, se levantó de un salto. Marie recogía con presteza de sus manos las piezas mojadas, las secaba y las apilaba encima de la mesa. Cuando todo estuvo limpio, Marie y Ruth sacaron fuera la tina con el agua de fregar y la vaciaron. Johanna comenzó a sacar la vajilla del aparador donde se guardaba.

—Había que haberla limpiado a fondo hace mucho —observó respondiendo a las miradas interrogantes de sus otras dos hermanas.

Ruth sacó sus prendas para zurcir y Marie el vestido que había empezado a hacerse unos días antes. Pero apenas tuvieron las labores sobre la mesa, volvieron a bajar las manos al regazo.

Finalmente subieron a acostarse aunque fuera todavía no había oscurecido del todo. Ninguna de ellas se atrevió a echar una ojeada al taller desierto.

Cuando Ruth despertó a la mañana siguiente continuaba lloviendo. Encendió la lámpara de gas que colgaba encima de la mesa de la cocina y, como todas las mañanas, se dirigió a la despensa para sacar las patatas cocidas la víspera, pelarlas y cortarlas en rodajas. Se detuvo con el pomo de porcelana en la mano.

Allí no había patatas.

Tampoco era una mañana cualquiera.

Con los ojos ardiendo huyó de la cocina al cobertizo. Su brazo se movió arriba y abajo y bombeó agua en la palangana con tanta fuerza que la palanca tintineó. El agua se desbordó por el borde esmaltado de la palangana, pero Ruth no se dio cuenta. Cuando se derramó sobre sus pies, bajó el brazo. Unos fuertes sollozos llenaron el ambiente frío y húmedo.

Entró en la cocina. Johanna y Marie ya estaban sentadas a la mesa. Una había sacado del armario pan, un trozo de mantequilla y el tarro de miel. Masticaban las rebanadas de pan en silencio. La miel dulce resbalaba por sus gargantas sin que lo notaran, porque la pregunta que ninguna de ellas se atrevía a expresar les quemaba la lengua: ¿Qué será de nosotras?

El tiempo lluvioso de los días siguientes armonizaba bien con el triste letargo en el que se sumió la casa. Cada una de las hermanas se recluía en un rincón del hogar, esperando el pronto regreso de la hora de acostarse. De vez en cuando, Peter pasaba a echar un vistazo, pero nunca permanecía mucho. Al contrario que las jóvenes, él tenía trabajo. Y a pesar de que se avergonzaba un poco, se alegraba de huir del ambiente opresivo que reinaba en casa de las Steinmann.

Había transcurrido otra comida en silencio. Johanna alzó de repente la vista y carraspeó.

—Lo mejor será que empecemos por retirar las cosas de padre. Ruth frunció el ceño.

—No sé. ¿No deberíamos esperar un poco más?

—Que retiremos las cosas hoy o dentro de unos días... —La mirada de Johanna era vacilante, como si deseara que la disuadieran de su propuesta.

Ruth comprendió que a su hermana le interesaba la desdichada tarea tan poco como a ella misma. Daba igual cuándo optaran por llevarla a cabo, siempre les costaría. Además, no sabía cuánto tiempo más resistiría el silencio paralizante de la casa. Para eso era mejor tener una tarea desagradable que permanecer cruzadas de brazos.

Mientras Ruth y Johanna doblaban camisas arriba, alisaban chaquetas y las envolvían en telas de lienzo, llamaban a la puerta sin cesar. Una semana después de la muerte de Joost, los vecinos continuaban trayendo comida. Acababan de dejarles un pucherito de sopa. La vecina había atisbado, curiosa, por encima del hombro de Marie. ¿Cómo se las arreglaban las tres huérfanas? Tres jóvenes solas..., ¿dónde se había visto eso? A la mujer le habría encantado entrar, Marie lo había notado. Pero, después de dar las gracias por la sopa, se limitó a cerrar de prisa la puerta.

Cuando iba a dejar el puchero, la tapa se desplazó un poco. Un olor ácido hirió su nariz. Marie se estremeció. ¿Habría fermentado la sopa? Se preguntó si no sería mejor vaciar el puchero detrás de la casa, pero luego optó por apartarlo a un lado. Que Ruth o Johanna decidieran qué hacían con él. Para quitarlo de en medio, cruzó la cocina manteniéndolo en equilibrio y lo dejó en el taller, sobre una de las vacías mesas de trabajo.

Se disponía ya a salir, pero se detuvo.

¡Qué silencio!

Marie acercó un taburete y se sentó.

Ningún aparecido. Y sin embargo el silencio tenía un cariz fantasmal. El canto de la llama del mechero Bunsen había acompañado su vida cotidiana día tras día, durante toda su existencia.

«Para que cante la llama, hay que soplar con fuerza», decía siempre padre.

Marie notó cómo su garganta se contraía. Acarició con cariño la vieja lámpara de aceite, abandonada junto a la nueva acometida de gas. Su llama nunca más volvería a cantar.

Oyó el estrépito procedente del piso de arriba. Ordenar, lo había denominado Ruth. Y entretanto hablaban de la vida de padre.

Cuando preguntó qué podía hacer ella mientras sus hermanas ordenaban arriba, no le pasó desapercibida la mirada de pánico que intercambiaron ambas. ¿Qué hacer? Desde la muerte de padre esa pregunta flotaba continuamente en el aire, tan grande y poderosa que Marie casi podía tocarla. No, ella tampoco sabía qué les deparaba el futuro. Pero que Ruth y Johanna ni siquiera la incluyesen en ninguna reflexión, la molestaba. Nunca la tomaban en serio, por una sencilla razón: era la más joven. Así había sido en vida de padre, y así seguía siendo ahora. Pero no había nada que hacer. Suspirando, se levantó y regresó a la cocina.

Hacia el mediodía, la viuda Grün trajo una bandeja de horno con una tarta de manzana. El aroma a canela y anís se propagó por la escalera y disipó el olor a ropa vieja de hombre. Mientras que los

pesados potajes de col de los otros vecinos se les solían atragantar, las tres jóvenes se comieron la tarta con saludable apetito.

–Tenemos que volver a dar las gracias por todo a la viuda Grün –afirmó Johanna cortando la tarta.

–Es cierto –ratificó Ruth–. Cómo me ayudó a lavar a padre..., eso no lo habría hecho cualquiera.

–Y el caso es que no parece propio de ella haber ofrecido su ayuda. Con lo retraída que suele ser...

–Sí que es raro... Aunque vive solo dos casas más allá, casi nunca se la ve –se asombró Marie.

En realidad, en Lauscha todos lo sabían todo de todos, y no se debía únicamente a que era un pueblo pequeño y a que la mayoría se ganaba el pan de la misma manera. Era sobre todo la estrechez del pueblo la que hacía casi imposible guardar secretos: casi todas las casas se alineaban como las cuentas de un collar a ambos lados de la calle principal, que ascendía montaña arriba en curvas empinadas. Apenas había unas cuantas calles laterales, las escarpadas laderas boscosas habían impedido con éxito durante siglos que se establecieran allí más turingenses.

–Cómo vas a ver a la viuda Grün, si se pasa todo el día trabajando arriba, en casa de Heimer –replicó Ruth–. Sencillamente no tiene tiempo para chismorreos.

Johanna meneó la cabeza.

–Griselda siempre ha sido muy retraída, incluso en vida de Josef, su marido. Creo que a él no le gustaba que hablase con los vecinos. ¡Menudo borrachín era el viejo!

–¿Y qué fue de su hijo? ¿Se llamaba Magnus, no? –preguntó Ruth entre mordisco y mordisco.

–Ni idea. Un buen día desapareció. Nadie sabe con certeza por qué y cómo. Pero claro, en ese momento yo solo tenía trece años y... –Johanna se interrumpió cuando llamaron a la puerta.

–Más comida no, por favor –gimió Ruth.

Pero era Peter, que rogó a Johanna que saliera a hablar con él. Marie y Ruth cruzaron una elocuente mirada.